

WING TOY

FOR

SHIRLEY MASON



BIBLIOTECA TRÉBOL

N.º 15

Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

BIBLIOTECA TRÉBOL

WING TOY

Superproducción F O X
Adaptación literaria de
la película de igual título,
interpretada por la genial
artista

SHIRLEY MASON
por D. F. V.

Exclusiva
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 : BARCELONA

YOT OHW

EL MUNDO
DE LOS CHINOS
ESTA DENTRO DE LOS CHINOS
EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK

YOT OHW

LA VIDA
DE LOS CHINOS
ESTA DENTRO DE LOS CHINOS

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104 : BARCELONA ::

WING TOY

La cosmopolitana ciudad de Nueva York contiene todas las representaciones del género humano, y existen barrios que son como la prolongación de la raza a que pertenecen los que los habitan.

Es, entre éstos, el barrio chino el más típico y el que tiene caracteres especiales. Abundan en él sordidas callejuelas, sombríos edificios, misteriosas sombras, cenicientos y altos muros... y elocuentes silencios que hacen del barrio como un recinto donde todos los vicios, los crímenes y los misterios del antiguo celeste Imperio tienen su cibil.

Y al ver pasar las figuras miserables de los chinos incompletamente ataviados con los trajes del país hechos harapos, producen el efecto de fantasmas atrabiluarios salidos del Averno... Y sin embargo, la mayoría de ellos son unos infelices y desgraciados.

* * *

Entre los humildes y bondadosos chinos del barrio neoyorquino oriental vive honradamente de su trabajo el anciano Li Wong.

Su oficio es lavadero de ropa blanca, y no tiene en el mundo otra amistad ni otro amparo en sus horas de tristeza, que a una jovencita que, sin ser él su padre, le quiere ella y le adora como a tal.

Se llama Wing Toy y, aunque vestía al estilo oriental, tenía todas las facciones americanas, cosa que pocos podían explicarse en el barrio.

Vivía en el domicilio del titulado emperador del barrio chino, el poderoso y siniestro Yen Lou, que la había adoptado, pero pasaba largas horas en casa del anciano Li Wong.

II

En el barrio chino habíase instalado una misión cristiana para educar a los numerosos niños huérfanos que la bárbara costumbre pagana de los chinos ignorantes dejaba sin amparo en la vida.

Wing Toy, mezcla de europea y de oriental, tenía su alma formada entre un algo de cristianismo y un algo de paganismo, por lo que, si por una parte gustaba de asistir de escondite de los chinos a la clase que se daba en la misión, por otra parte, con la mayor credulidad e inocencia, rendía culto idolátrico a una pequeña estatua de Buda, que siempre llevaba consigo.

Cierto día que había ido a visitar a su buen amigo Li Wong, acudióle la idea de

escaparse hasta la misión cristiana; pero su amigo no debía de enterarse, pues de lo contrario sería echada del domicilio de su tutor y quizás perseguida por los del barrio.

Mientras el buen Li Wong, creyendo que ella le escuchaba en la habitación contigua, le sermoneaba, ella se deslizó por debajo de la mesa, y abriendo la puerta salió a la calle.

— Sí, pequeña. Todo el mundo se queja de tus travesuras en el barrio — decía el anciano, — y es preciso que empieces a poner un poco de gravedad en tus cosas, muchacha... ¿Verdad que de hoy en adelante serás más formal, Wing Toy?

Pero sorprendido al ver que la muchacha no contestaba, dió una vuelta por las habitaciones, no hallándola por parte alguna.

— ¿Por dónde diablos se habrá escapado esta criatura?...

Entretanto Wing Toy, en la calle, procurando que no la viera el viejo, no pudo resistir a la tentación de hacer rabiar a un chino vendedor de pescado, que discutía con otro acerca de la más o menos vivacidad de unas merluzas.

Aproximóse poco a poco, y cuando más enfrascados estaban en la discusión, ella, con el pie, hizo caer un palo que sostenía el destornillado carretón y todo se vino abajo sin que ninguno de los que discutían se diera cuenta de quién había causado el estropicio, por lo que el vendedor creyendo causante del

accidente al parroquiano le apostrofó indignado. Y no llegaron a las manos, porque, a la verdad, los dos tenían un miedo verdaderamente de chino.

Wing Toy contempló sonriendo la escenita, satisfecha de su nueva diablura.

* * *

La buena profesora de la misión se desgarraba inútilmente en hacer entrar en la moliera de los pequeñuelos las ideas luminosas de la civilización y de la historia universal.

Cuando entró Wing Toy saludó afablemente a la profesora, pasando a ocupar un lugar desocupado. Disimuladamente sacóse del pecho la imagen del Buda y se la quedó contemplando al mismo tiempo que escuchaba las disparatadas contestaciones de los alumnos.

Un pequeño alumno había visto al ídolo de Wing Toy, tirando a la muchacha una piedrecita; ésta se levantó llena de coraje dispuesta a dar unos puñetazos al atrevido chiquillo, pero la profesora llegó a tiempo de evitarlo.

— Los niños cristianos no se pegan nunca...

— No quiero que me tiren cosas—exclamó indignada Wing.

Y sin decir más salió enfadada hacia el domicilio del lavandero, hallando al pobre viejo muy pensativo.

— ¿Por qué estás tan triste hoy, Li Wong?

— preguntóle con mimo la muchacha.



Wing Toy era un rayo de luz del barrio chino

— Porque pronto cumplirás dieciséis años, y Yen Lou me ha recordado que debes casarte con él en esta fecha, para lo cual piensa divorciarse de su esposa, la triste americana...

— ¡Ah, no!... Wong, yo no me casaré nunca con Yen Lou, ¡Nunca! ¿Oís, amigo mío?

— Desgraciadamente es inútil que te empeñes en lo contrario, pobre niña.

— Li Wong, amigo mío, ¿por qué debo casarme con Yen Lou?

— Hora es ya — contestó suspirando el viejo — de que te cuente el secreto de tu vida, ¡pobrecita niña!...

— Cuenta, cuenta, amiguito...

El anciano lavandero empezó su relato...

* * *

Hacía quince años...

Una lluvia torrencial daba al barrio chino un aspecto aterrador, y por las calles las pocas personas que transitaban hacíanlo apresuradamente.

Un sujeto, de aspecto europeo, andaba esquivando las miradas de los viandantes y de la policía... En el brazo traía un bulto tapado, que quería pasara oculto a todas las miradas.

Aquel sujeto apodado «El Topo», era conocido de todo el barrio chino por sus maldades.

Llamó imperiosamente a la puerta del honrado lavandero y éste le abrió confiadamente sin saber quién llamara.

— ¿Qué es lo que queréis, Topo? — preguntó atemorizado Li Wong.

El intruso dejó sobre la mesa el bulto que traía consigo.

— ¿Es ropa para lavar? — preguntó el chino.

— No es ropa sucia, Wong... Me he fugado de la cárcel y esta niña que traigo es de mi hermana, ¿sabes?... Su padre es chino. Cuídala tú hasta que pueda venir a recogerla...

— Pero yo no puedo prestarme a esto... Además, soy muy pobre y apenas puedo subsistir a mis necesidades.

— No te excuses, Wong. Ten presente que fuí yo quien dió una puñalada a Mike el Rojo, el que mató a tu hermano... y no debes negarme este favor, después que por ello me mandaron a presidio.

Li Wong no supo qué contestar ni el Topo le dió tiempo para ello, pues salió precipitadamente, procurando no ser visto; pero los ojos de lince de un antiguo policía del barrio se habían dado cuenta de su presencia y al salir de una esquina detuvole en su fuga.

De nuevo el malhechor fué encerrado con más recaudo en la cárcel del Estado.

Li Wong no volvió a saber nada del Topo ni pudo averiguar cómo se llamaba la pequeña, por lo que él le dió el nombre chino de Wing Toy, y la amaba como a una hija.

Llegada que fué la niña a los ocho años, consideró el pobre lavandero que había lle-

gado la oportunidad de buscar para la pequeña una mejor protección, y dirigióse con la niña al domicilio del emperador del barrio chino, cuya fama de riquezas corría parejas con la de sus maldades.

Yen Lou estaba sentado en su mesa de despacho, simulando un trabajo penoso.

Tímidamente le saludó el lavandero, a la manera del rito chino, a cuyo saludo correspondió el hipócrita traficante con el crimen.

— ¿Qué quieres, hermano Li Wong? — preguntó sin apenas levantar la vista.

— La suerte — dijo tímidamente Li — te ha dado toda clase de riquezas, Yen Lou, en tanto que a mí me ha hecho pobre.

— Bien; ¿y qué quieres decir con esto?

— Húmildemente te imploro que adoptes como hija a esta niña, a la cual yo no puedo sostener...

Yen Lou alzó entonces la vista con disimulo y no pudo contener en su interior una sonrisa maligna, al contemplar los rasgos de belleza en aquel cuerpo femenil... Li Wong prosiguió:

— Wing Toy es amable y obediente, y será en tu hogar espléndido una nueva flor.

— Comprendo tu interés, y para que veas que Yen Lou no tiene tan mal corazón como quieren algunos hacer creer, acepto tu ruego...

— ¡Oh, gracias, protector! — exclamó enternecido el lavandero.

— Será mi hija hasta que cumpla dieciséis



Miró si es que le seguían

años. En esta fecha la concederé un honor más grande aún...

— ¿Cuál, señor? — preguntó Li Wong.

— La haré mi esposa... ¿Aceptas?

El humilde lavandero titubeó unos breves instantes, pero ante el bienestar que se ofrecía a la pequeña Wing, accedió.

— Conformes, Yen Lou; pero te ruego que de cuando en cuando la dejes venir a verme.

— Eso no hay que decirlo; todos los días, siquieres.

Desde aquel día la joven Wing Toy convirtióse en la princesa del barrio chino, siendo de todos querida y de muchos envidiada.

* * *

— Esa es, pues, tu historia, hija mía — dijo al terminar su relación el viejo Li Wong, enjugándose una lágrima.

— Triste de mí... Yo no puedo amar al perdido de Yen Lou. Prefiero mil veces casarme contigo, antes que con Yen Lou, a pesar de sus riquezas.

— Calla, hija mía, no digas eso. Podrían oírtre y sería peor... Vete a tu casa y disimula.

Wing Toy obedeció, y después de despedirse cariñosamente de su anciano amigo se volvió a su domicilio.

III

Lirio Blanco llamaban en todo el barrio a la infortunada americana, compañera de hogar del maligno Yen Lou.

Víctima de aquel verdugo, no sabía cómo poder salir de las paredes de aquella cárcel misteriosa, pues no otra cosa era la vivienda del emperador de los chinos en Nueva York.

La policía, a pesar de saber que en el domicilio de Yen Lou tenían su guarida todos los malvados, jamás se había atrevido a realizar ninguna incursión en ella.

La mujer del poderoso Yen Lou estaba frente a un espejo ataviándose y componiéndose, y luego de darse unos retoques de pin-

tura en los ojos y boca, se sentó con indolen-
cia en una butaca, encendiendo un perfumado egipcio, expresando su fisonomía el dolor que en su pecho guardaba.

En aquel momento entró Yen Lou, y con un gesto de ira tiró al suelo el pitillo que ella tenía en los labios.

— La mujer que se honre llamándose mi esposa — dijo con mal humor — debe sonreír siempre a su amo y señor, ¿entiendes?

— Entiendo — dijo ella bajando humilde-
mente los ojos; y haciendo un esfuerzo para
sonreír, añadió con toda la suavidad pos-
ible : — ¿Pero es que aún puedo seguir a tu
lado?

— No : esta misma semana nos divorcia-
remos. Wing Toy será mi mujer. Sus ojos no
conocen las lágrimas y su risa es como el
tintineo de campanitas de plata.

— ¿Así estás completamente decidido a
alejarme definitivamente de ti?

— ¡Sí, definitivamente! — contestó impla-
cable.

— ¿Me arrojarás a la calle? ¿Dónde iré
ahora? Por culpa tuya no puedo volver al
lado de los míos, y tus propias gentes me
odian y desprecian...

— Eso no es de mi cuenta. El día que Wing
Toy se case conmigo será el último que tú
permanecerás en mi hogar. ¡Toma, ahí va eso!
Y tiró un fajo de billetes.

Impasible salió de nuevo por otra puerta

excusada , dejando desolada a la pobre mujer.

De primer impulso sintió Lirio Blanco un odio terrible contra la pequeña mujercita Wing Toy, a la que creía causante de su desgracia, y se levantó dispuesta a refir con ella fieramente.

Al abrir la puerta de la habitación de Wing Toy, la joven estaba arrodillada ante el fetiche de Buda. ¡Le rogaba que la librara de Yen Lou!

Olvidando la americana su dolor, su engaño y su odio inconsciente ante aquella mujercita inocente, se le acercó y le dijo amablemente :

— Wing Toy. Yen dice que va a divorciarse de mí y hacer de ti su esposa.

— Así dicen, Lirio Blanco. Yo no sé qué puedo ni qué debo hacer.

— Si dejo que te cases con él, llegará un día en que rezarás, como yo he rezado muchas veces, para que venga la muerte a librarme de tantos sufrimientos.

— Si no le quería usted, ¿por qué se casó con él, Lirio Blanco?

— Desdichada de mí... poco ni mucho he podido hacer para quererle. Yo no fui nunca su esposa verdadera : soy su víctima...

Y sollozando estrechó las manos de Wing Toy, añadiendo :

— Pobre joven, poco sabes los misterios que encierran los muros de esta mansión.



Sin dar tiempo a contestar cogió el fetiche

— ¡Oh!, Lirio Blanco, no me atemorices con estas palabras.

— No quiero atemorizarte, pobre joven ; pero no sería digna de mi raza si dejara de ser para ti una buena consejera. Escucha, pues, mi historia, y seguramente cambiarás de parecer acerca de mí.

— Explícate, pues, Lirio Blanco. Te escucho con toda atención.

* * *

La desgraciada empezó su relación entre sollozos.

Hacía de ello varios años, apenas podía precisarlo con exactitud, porque el tiempo transcurrido en el cautiverio era incalculable.

La joven que luego conocieron los del barrio chino con el nombre de Lirio Blanco, como para diferenciarla de los de su raza, era prometida de un muchacho americano de posición acomodada, al que ella correspondía debidamente.

Cierto día salió con ella de paseo hacia el barrio chino, en cuyas tiendas hay siempre buenas ocasiones a la venta.

Entre los inconfesables negocios a que se dedicaba Yen Lou figuraba el de compra de objetos de procedencia dudosa, que luego él mismo revendía en una tienda de apariencia digna y honorable.

— ¿Quieres que entremos, a ver si hay alguna cosa que te guste? — preguntó el gallante novio.

— Si tú quieres...

— Precisamente quiero obsequiarte hoy.

Al verlos entrar Yen Lou, salió a ofrecerles sus mercancías.

— ¿Qué quieren de mí los simpáticos jóvenes?

— Venimos sencillamente — dijo el joven — a ver si hay algún objeto que plazca a mi joven compañera.

— En mi tienda encontrarán todo lo que deseen. Estoy surtido de los mejores y más variados géneros de Europa y de Asia.

Y así diciendo, empezó a esparcir sobre el mostrador innumerables y caprichosas chucherías para el gusto femenino, que la joven no sabía qué objeto escoger.

Al volver por casualidad la vista a la calle, el joven vió pasar a un entrañable compañero, y lleno de alegría exclamó dirigiéndose a su novia :

— ¡Qué sorpresa!... Ahí, en la calle, está parado cerca mi antiguo amigo Jim Hall. Aguarda tú aquí un momento, elige lo que más te plazca, en tanto que yo salgo un momento para saludarle y vuelvo al instante.

En cuanto salió el muchacho, disimuladamente el tendero tocó un timbre.

En una habitación contigua esperaban siempre las órdenes de su amo dos desalmados chinos, que salieron sin ser vistos de la joven, y a un signo de su patrono se echaron sobre ella, entrándola por una puerta que se abrió misteriosamente.

Al volver a entrar el joven, el tendero apenas levantó la cabeza a la pregunta de extrañeza del muchacho.

— ¿Dónde está mi novia?

— ¿Qué?... ¿No la ha visto usted salir?

— Claro que no.

— Pues es extraño ; salió de aquí a poco de salir usted... Quizá le espere en otra parte cercana.

El aire de indiferencia del chino y la expresión de tranquila conciencia que sabía dar

el truhán eran suficientes para desechar toda sospecha, si la hubiera tenido. Así es que salió atolondradamente en busca de su novia.

Yen Lou quitóse los lentes negros y salió de la tienda.

Una vez la joven en su poder, no dejó de atormentarla durante varios días hasta que la obligó a ser su esposa. Después de algún tiempo le dió libertad para salir a la calle, pero espiada siempre de las gentes al servicio de su secuestrador.

Así pasaron algunos años de verdadero infierno para la desdichada Lirio Blanco, hasta llegar al principio del prematuro ocaso de su juventud, y con ello a la situación en que se hallaba al referir su historia a la pequeña Wing Toy, que no cesó de llorar durante el relato.

— Esta es la vida, desdichada muñequita — dijo Lirio a su interlocutora — que seguramente te espera a ti.

— ¡Oh, no! Yo no podré sufrir este martirio.

— Sin embargo no hay medio de evitarlo, pobre Wing Toy.

— Sí que lo habría si yo tuviera dinero. Me escaparía con Li Wong.

— Toma — dijo Lirio, entregándole el fajo de billetes que hacía poco le había echado Yen Lou, — aquí tienes dinero. Li Wong te ayudará a escapar.

Evitando ser vista, se dirigió corriendo al domicilio de su buen amigo el lavandero y le dijo:



Yo te ayudaré a huir

— Li Wong, ya tengo dinero y podemos huir... y casarnos, porque yo te quiero a ti y no a Yen Lou.

— Eso no puede ser, amiguita mía.

— ¿Por qué? ¿No tenemos bastante dinero?

— No, hija mía, no es por esa razón. Es que Yen Lou es muy poderoso... Su brazo llega muy lejos y su mano es temible. Si escaparas, morirías.

— Entonces es imposible cuanto haga?

— Sí, pobre Wing Toy, es completamente inútil.

La joven, desconsolada, se dirigió de nuevo al domicilio de su futuro opresor.

Al verla otra vez en la casa, Lirio Blanco le preguntó sobresaltada :

— ¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué no te has fugado ya?

— Li Wong, mi bien amado, me ha dicho que era imposible, y que Yen Lou es capaz de matarme si huyo.

— No te acongojes; yo buscaré el medio de salvarte, aunque sea sacrificándome.

— ¡Oh, qué buena eres, Lirio Blanco!

Y desde aquel momento idearon el medio de burlar al tirano que las oprimía.

IV

Mientras en el Cuerpo de policía se había puesto de nuevo sobre el tapete la cuestión de si era posible o no realizar una incursión en el barrio chino, en un restaurant, un joven periodista se quejaba de la siguiente forma a otro compañero de más edad y veterano ya en los grandes reportajes.

— ¿De qué me quejo, decís? Pues no es nada el reportaje que casi como debut se me ha encomendado por la Dirección.

— Amigo Bob Hunter, es preciso que debutéis con algo fuerte, y yo os acompañaré al barrio chino y os ayudaré a dar los primeros pasos.

— Quedo agradecido sinceramente; pero ¿cree usted que habrá allí algo de interés que otros, usted mismo, no hayan tratado ya?

— ¡Sí hay, ya lo creo! Habita aquel barrio una muchacha que está allí considerada como

la princesa del barrio chino, apellidada Wing Toy, aunque su verdadero nombre es desconocido de todos. Su historia puede servirte magníficamente para hacer tu artículo.

Por la noche iban los dos reporteros del brazo por las calles tortuosas del misterioso barrio chino.

Se detuvieron ante la puerta del lavadero y llamaron. Li Wong, leal amigo de Jak, salió a abrirles, les saludó afablemente y le preguntó jovialmente al señor Jak:

— ¿Qué novedades le traen por este barrio?

— Sencillamente, este compañero reporter no había visitado nunca este pintoresco barrio.

— ¡Oh!, no tiene ninguna singularidad.

— Por cierto que mientras veníamos he contado a mi amigo Bob la historia de Wing Toy.

— Y que a decir verdad — dijo Bob — me ha interesado mucho.

— Es una cosa muy sencilla, señores — dijo Li sin dar importancia al asunto.

— Lo que no sé — dijo el amigo de Li — es cómo vino a tu casa la joven.

Li Wong, contando con la seriedad de sus visitantes, les contó este detalle.

— ¿Sabe usted cuál es el verdadero nombre de « El Topo »? — preguntó curiosamente Bob.

Li Wong hizo como quien no oía la pregunta, desviando la conversación.

El viejo periodista dióse cuenta de que aquello molestaba a Li Wong, y en cuanto

estuvieron en la calle dijo al novel periodista :

— Esa pregunta que has hecho a Li fué inconveniente.

Siguieron andando y penetraron en una especie de bodegón sin casi clientes.

— Ahora, Bob, nada de preguntas indiscretas, veas lo que veas. Cuidado con lo que dices... De lo contrario no saldremos vivos de aquí.

— Lo tendré presente.

Dentro ya, a un signo especial del periodista viejo se abrieron las misteriosas puertas, hasta llegar a una sala llena de hombres de distintas razas y catadurias, entregados al vicio. Parecía una guarida de bandidos.

Yen Lou, dueño del establecimiento, fué a saludar al periodista, que de tiempo atrás conocía.

— ¡Cuánto tiempo sin venir! — dijo en correcto yanqui.

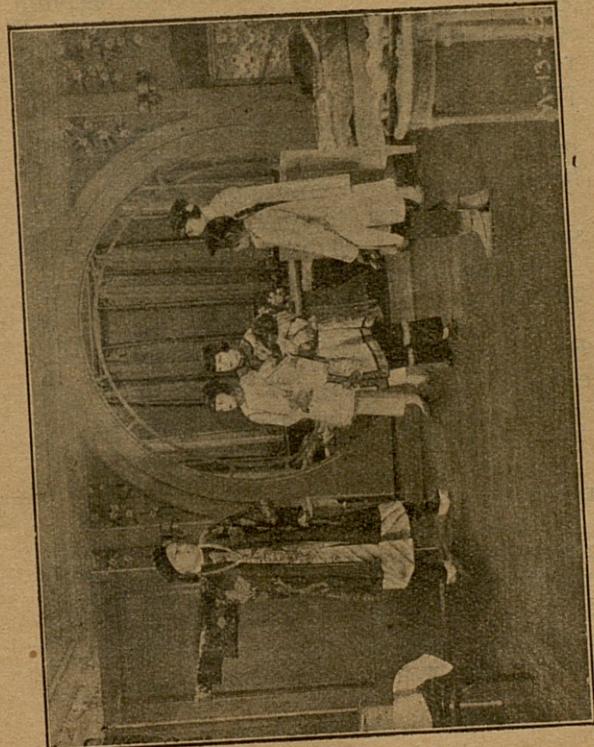
— Es que ya mis años me pesan, señor Yen Lou... Tengo el gusto de presentarle a mi amigo Bob Hunter, compañero de Prensa.

— Tanto gusto en conocerle, señor Bob...

— ¿Y cómo sigue su ahijada Wing Toy? — dijo Jak.

— ¡Bien! — contestó secamente el emperador del barrio chino.

— Según nos dijo Wong — añadió con ligereza Bob — usted va a casarse pronto con Wing Toy.



¡Eres una insolente! Mañana nos casaremos

Yen Lou por toda contestación se despidió con una sonrisa y una reverencia.

— Marchemos al instante, Bob — apresúrose a decir Jak. — Has cometido una imprudencia.

Salieron apresuradamente del tugurio, porque tal como había advertido Jak, aquello había molestado en gran manera a Yen Lou.

Este, al dejar a los americanos, subió apresuradamente a la habitación de Wing Toy.

Al verlo la muchacha no pudo reprimir un gesto de temor, que Yen advirtió al instante.

— No debes tener miedo de mí, Wing Toy. Bien sabes que te amo y pronto serás mi esposa.

— Lo sé... Li Wong me lo manifestó.

— Te prohíbo que vayas allí...

Salió del cuarto de la joven dejando su corazón lleno de amarguras.

Pero al siguiente día pudo más en la muchacha el deseo de ver a su amigo que la prohibición de Yen Lou, y a primera hora de la tarde, burlando la vigilancia de dos criados, corrió a casa del lavandero, dispuesta a pasar con él un rato de agradable charla.

* * *

Bob, el novel periodista, atraído por la historia que le habían contado Li Wong y su amigo, volvió al domicilio del chino, quien le recibió con afabilidad.

— Lo que contasteis de Wing Toy me ha interesado tanto que, si no le fuera molestia, desearía saber más... y aun conocer a esta interesante muchacha.

— Aquí la tiene — dijo Li Wong, señalando a Wing Toy, que en aquel momento salía con un servicio para te.

Bob se levantó ofreciendo su lugar galantemente a la muchacha, que le saludó con graciosas reverencias, quedando ésta admirada ante un joven tan apuesto y elegante americano.

Por su parte Bob quedó prendado de la joven y ambos se hicieron amigos al instante.

— Tengo el gusto de presentarte a mi amigo Bob, el inteligente periodista del *Herald*.

— Cuánto me alegra en conocerle, señor.

— ¡Oh!, yo soy quien tengo verdadera alegría en conocer a usted, bella joven.

Los tres charlaron dentro la mayor expansión y cordialidad.

Luego Wing Toy se despidió. Temía que Yen Lou se diera cuenta de su escapatoria.

En cuanto llegó a sus habitaciones corrió a ver a Lirio Blanco, exclamando al hallarla:

— ¡Oh, Lirio Blanco! ¡Mis ojos acaban de quedar deslumbrados al ver el más admirable y más hermoso de los blancos!

— ¿En dónde?

— En casa de Li Wong.

— ¡Por Dios... que no se entere de ello Yen Lou!...

— No le diré nada.

Ambas mujeres quedaron conversando acerca el periodista.

Mientras llegaba a su hogar, Yen Lou había subido a sus habitaciones, y al hallarla fuera de ellas, sabedor de que había salido, supuso que había estado en casa del lavadero.

— ¡Wing Toy! ¡Wing Toy! — gritó colérico, pero la joven no lo oyó. Tan embebidas estaban en su conversación las dos desdichadas...

Un criado llamó en el cuarto de Lirio Blanco y le dijo :

— Nuestro amo y señor desea la presencia de Wing Toy.

Esta, temblorosa, se presentó al tirano.

— ¿Me llamas?

— Sí.. ¡Eres una insolente! ¿Cómo te has atrevido a ir a ver a Wong, después que te lo prohibí terminantemente?

— Es que yo no puedo pasar sin verle... ¡Perdóname, Yen!

— ¡Ahora debo castigarte!

Y fué a ceriar la habitación.

— ¡Entonces — exclamó con desesperación ella — nunca, nunca me casaré con usted! Me iré para siempre al lado de Li Wong.

— ¡Eso no será, porque no saldrás de casa!

V

A la noche siguiente Bob, confiando ver a Wing Toy, volvió al antro del emperador...

Uno de los criados, al ver que no jugaba

ni decía una palabra a nadie, se dirigió a Yen Lou y le dijo, señalando al muchacho :

— No estaría de más vigilar a ese joven. Nadie sabe a qué viene por aquí...

— No le pierdas de vista y al menor signo...

— Entiendo.

Pronto se abrió una puerta, y Wing Toy apareció en la estancia. Al ver al joven no pudo reprimir un gesto de alegría.

— ¿A qué viene usted por aquí?

— A verla a usted.

Pero el diálogo fué aquí interrumpido por la presencia de Yen Lou.

— ¿Qué haces aquí, Wing Toy?... ¡Al instante a tu cuarto!

Bob comprendió el sentido de aquellas palabras, y dispuesto a jugarse el todo por el todo dió un puñetazo a la lámpara que iluminaba la habitación y salió con Wing Toy por una puerta secreta.

— ¡Pronto! — dijo ella. — ¡Le matarán a usted si no se pone a tiempo en salvo! ¡Huya por este pasillo!...

Llena de miedo subió a su habitación, no tardando en llegar Yen Lou, quien le dijo enfurecido :

— Sabías que era un espía y, sin embargo, le ayudaste a huir... Bien; mañana mismo nos casaremos. Entretanto permanecerás prisionera en este aposento.

Ella no replicó una palabra. Era inútil.

* * *

A la mañana siguiente, Bob, guiado por lo que Wong le había contado, logró entrevisarse en la cárcel con « El Topo » a fin de saber si Wing Toy era americana o de sangre china.

— ¡Por caridad, « Topo »! — le dijo. — Si Wing Toy es de raza blanca, dígalo. Revele cuál es su identidad e impida que se case con Yen Lou.

— No digo que sea blanca, ni tampoco que no lo sea...

— ¡Entonces, por Dios, diga algo!....

— Déjeme en paz... Yo saldré esta noche de aquí; no diga nada a nadie, y tal vez nos veamos en la boda. Ahora trabaje usted por su lado.

Resuelto a todo, Bob se dirigió a la Jefatura de policía, donde tenía buenas relaciones, y preguntó a un amigo :

— ¿No hay alguna forma de inducir al jefe a que haga una incursión en el barrio chino y meter en la cárcel a Yen Lou?

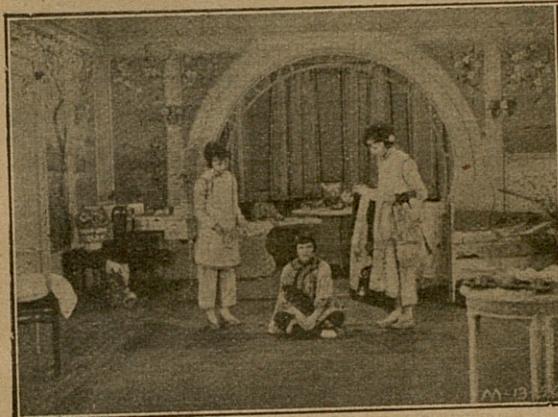
— No es posible. Este bandido es muy astuto y está al abrigo de toda incursión.

— Pues hay que impedir esta boda infame. Pasaron largo rato discutiendo inútilmente.

Por otra parte « El Topo » logró su propósito, y apenas fugado se dirigió al teléfono.

— Póngame con el señor Jeffort Forest, fiscal general de la ciudad... Si eso es: el W-29357.

El fiscal de la ciudad, viudo y sin una hija que había desaparecido misteriosamente muy pocos días después de nacer, se puso al aparato.



Se hicieron rápidamente los preparativos

— ¡Dígal!

— Habla usted con « El Topo ».

— ¿Quién es « El Topo »?

— ¿Se acuerda usted del hombre a quien « obsequió » el juez, por culpa de usted, con una larga condena, hace quince años, por haber dado una puñalada a Mike el Rojo?... ¿Y se acuerda usted de que sucedió algo extraordinario en su casa, antes de que ese hombre fuera a cumplir condena?

— ¡Sí, sí... Mi hijita fué secuestrada!

— Exacto. Pues bien; yo soy quien la secuestró. ¿Y sabe usted qué ha sido de ella?

— ¡No! ¡Dígamelo, por lo que más quiera!...

— Pues se lo voy a decir... Se la entregué

a un chino, y esta noche a las ocho se va a casar con un chino también... ¡Oh, hará una gran boda!... Mañana a estas horas será usted suegro del «Emperador del Barrio Chino»...

«El Topo» no dijo más. Colgó el aparato y salió en dirección al barrio chino.

El fiscal llamó inmediatamente a la central.

— Póngame con Jefatura de policía.

Luego dijo a su criado, mientras él corría a vestirse :

— Avisa a la inspección que voy yo allá en seguida, y que designen un pelotón de guardias para hacer una incursión al barrio chino.

El criado avisó precisamente cuando estaba Bob discutiendo sobre el mismo asunto.

— ¿Quieres venir con nosotros, Bob? Vamos precisamente al asalto del barrio chino, por orden del fiscal.

— Sí, iré.

Y todos salieron hacia el barrio misterioso.

Mientras ellos se preparaban, «El Topo» decía al emperador :

— Yen Lou, tengo miedo... Wing Toy es la hija del fiscal, y éste acaba de saberlo...

— Pues que se dispongan rápidamente los preparativos para la boda y se dé comienzo a la ceremonia.

Pero la policía llegaba a la mansión impenetrable al tiempo de comenzar. Caían a hachazos las puertas y algunos servidores quedaban tendidos.



Bob leyó : Al entrar la policía...

La ceremonia seguía imperturbable... Según los ritos chinos, una vez los novios beben el vino nupcial son ya legítimamente marido y mujer... El momento llegaba...

Pero la policía penetró en el local a tiempo, y Bob y el fiscal se dirigieron hacia la joven, que, pálida como un cadáver, presenciaba la escena.

— ¡Wing Toy! ¡He aquí a tu padre! — le dijo Bob señalando al fiscal.

* * *

Al día siguiente, ya en el hogar de su padre, y feliz, sirviéndoles amablemente Li Wong,

Bob leía el final del interesante artículo :
« En el suelo yacía el cadáver de Yen Lou,
y en el momento en que la policía lograba
abrir, Bob Hunter dijo, dirigiéndose a a
aterrorizada joven :

— ¡Wing Toy! ¡He aquí a tu padre! ».

Luego dijo Bob :

— Pero ahora que tengo el artículo hecho,
no sé cómo hacer un final más redondeado...

— ¿Por qué no hacer que se case el reporter?
— dijo sonriente el fiscal.

— La idea es magnífica, pero falta que ella
consienta.

— Tal vez — dijo Wing Toy — si el repor-
ter se lo propone a su padre y les deja solos.

— ¿Quieres, Wing Toy? — dijo Bob.

— ¡Sí, quiero! ¡Con toda el alma!
Y el fiscal, claro está, les dejó solos...

FIN

002 BTR (25)

[B.]

